

elevada y digna de esa divina palabra que va á presentarnos materia de instrucción durante esta santa Cuaresma, terminaré exhortándoos como Cristo á sus discípulos: «Seréis dichosos si practicáis lo que sabéis.»¹ Escuchad con santo anhelo la palabra de Dios, mas no precisamente para saber, sino para bien vivir: de otra suerte, lejos de ser para vosotros palabra de vida, se convertiría en materia de tremendo juicio, en tósigo de muerte eterna: *Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan con fidelidad*².

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

La palabra de Jesucristo.

Ipsum audite.
Á él habéis de escuchar.
Matth. 17, 5.

1. Descorre hoy la Iglesia á nuestros ojos el grande y magnífico cuadro evangélico de la Transfiguración de nuestro Señor Jesucristo. Olvidémonos de aquel prodigio del arte cristiano que lleva este nombre, de aquel cuadro inmortal del célebre pintor de Urbino, pálido y mudo, con ser lo que es, ante los vivos colores y armonías portentosas del original. Cuál sea éste, ningún católico lo ignora. El teatro de esta escena es la cumbre risueña del monte Tabor; los actores y personas son, fuera de la adorable figura de Jesucristo, Moisés y Elías, Pedro, Juan y Santiago. También interviene el Padre Eterno, cuya voz dulce al par que majestuosa, cual sonoro trueno salido de la nube que envuelve en ondas de luz á los discípulos, los hace

¹ Io. 13, 17.

² Luc. 11, 28.

caer atónitos hasta pegar la frente con la tierra: *voce delapsa . . . a magnifica gloria*¹. Tales son los rasgos más brillantes de este cuadro que, como ningún otro, pone de relieve la magnificencia de la gloria de que estaba revestido nuestro divino Salvador. Pero ¿qué hace esa voz desprendida de la nube misteriosa sino señalar al Hijo muy querido del Padre para obligar al mundo entero á que le escuche y la obedezca? *Hic est Filius meus . . . ipsum audite*². He aquí lo que hace notar en su segunda carta el Príncipe de los Apóstoles, testigo presencial del suceso, aduciendo esta voz del cielo como irrefragable argumento de la virtud divina de nuestro Señor Jesucristo; y he aquí, por lo tanto, el punto principal á que debemos dirigir nuestra atención el día de hoy, buscando, antes que objetos de admiración, lecciones de edificación para nuestras almas. Sí, cristianos, miremos el rayo de luz que se desprende del trono de la luz increada, y escuchemos la voz que baja de las alturas para glorificar á Jesucristo constituyéndolo maestro y oráculo de verdad para todos los siglos; y bien haremos, como dice el mismo Apóstol: *Bene facitis attendentes*³.

2. Atended, pues, hermanos míos, á la significación y valor de esta voz del Padre celestial, que descifra, por decirlo así, todo el misterio de esta admirable Transfiguración, y nos descubre, si no me equivoco, el designio de la Iglesia al ponernos este cuadro delante de los ojos en la presente Dominica de Cuaresma. En efecto, de esa voz se deduce con evidencia la obligación que nos incumbe de escuchar y obedecer la palabra de Jesucristo, ni más ni menos que la palabra de

¹ 2 Petr. 1, 17.

² Matth. 17, 5.

³ 2 Petr. 1, 19.

Dios. ¿Por qué? Porque Jesucristo, por testimonio irrefragable del Padre, es Dios, siendo el Hijo de Dios por naturaleza, el Hijo muy amado, el Verbo, la Palabra substancial, con que Dios se habla á sí mismo, á quien todo hombre ha de escuchar: *Hic est Filius meus*. . . . Y nosotros hemos visto claramente, como los Apóstoles, la gloria de este Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad¹. Gracia y verdad: he aquí los caracteres eminentes de la palabra de Dios. Infalibilidad, autoridad y belleza, tales son los atributos de la palabra de Aquél que tiene palabras de vida eterna². ¿Cómo, pues, nos negaremos á escucharla? Es norma de nuestro entendimiento y guía de nuestro corazón; debe, por lo tanto, ser creída, como veréis en la primera parte: debe ser obedecida, como veréis en la segunda. ¡Dénos Dios luz abundante para penetrarnos de tan importantes verdades!

I.

3. Oíd, amados fieles, el hermoso y autorizado comentario que de las palabras *Hic est Filius meus dilectus*, hace con su nativa elocuencia el gran Padre y Pontífice San León, expresando, sin duda, el común sentir de todos los demás Padres y Doctores de la Iglesia: «Al decir el Padre: Éste es mi Hijo, escuchadle, ¿qué otra cosa ha querido decir sino: Éste es aquel á quien le pertenece ser mío y estar conmigo eternamente, porque ni el que engendra es aquí anterior al engendrado, ni éste, posterior á aquél. Éste es mi Hijo á quien de mí no separa la divinidad, no divide la omnipotencia, ni distingue la eternidad. Éste es mi

¹ Io. 1, 14.² Ibid. 6, 69.

Hijo, no adoptivo, sino propio, no creado de otra substancia, sino engendrado de mí mismo, ni hecho solamente semejante á mí por naturaleza, sino enteramente igual á mí, como nacido de mi misma esencia. . . . Á éste, pues, en quien de todas maneras me complazco, con cuya manifestación yo soy conocido, con cuya humildad glorificado, oíd sin vacilar, porque él es verdad y vida, él es mi fortaleza y mi sabiduría.» Así se expresa este santo Doctor, y con él están de acuerdo todas las voces del cristianismo. La interpretación, pues, de este pasaje del Evangelio no necesita de grandes esfuerzos, ni siquiera da lugar á discusiones entre todos los creyentes que aceptan el sentido obvio de la Sagrada Escritura.

Demos, por tanto, una dirección más práctica y de carácter moral á este discurso, considerando, no ya precisamente el deber de adherir á la palabra de Jesucristo, sino la necesidad de hacerlo con estas tres condiciones: humildad, gratitud y sinceridad. Así el asunto será también más adecuado á la capacidad y á las exigencias del mayor número de los oyentes.

4. Y, en efecto, si muchos oyen la palabra de Jesucristo, pocos tienen las condiciones señaladas: la primera falta á los soberbios mundanos; la segunda, á los necios indiferentistas; la tercera, á los falsos creyentes. Veámoslo por partes.

Cegado hasta el fanatismo con la brillantez de sus propias luces, el hombre mundano, el sabio de nuestro siglo, no tolera sujeción á ninguna otra autoridad doctrinal que no sea la humana razón, como si ésta realmente fuese la fuente suprema y primordial de toda luz y de toda verdad. El hombre del análisis y del progreso científico no acepta otro maestro que la ciega

naturaleza y su propia observación. Pero ¡ah! ¡cuánto se alucina! Sea lo que fuere de otros ramos del saber, en materia de deberes morales es preciso prestar oído al Maestro por excelencia, es necesario plegar las alas de la inteligencia ante una autoridad superior, en actitud de humilde adoración. *Magister vester unus est, Christus*¹.

La palabra de este Maestro único es indiscutible, porque deja muy atrás á toda humana palabra, porque es palabra más que de hombre, porque es palabra que predica la humildad. Ved aquí tres fundamentos de ese deber de escuchar humildemente y aceptar sin discusión la palabra de Jesucristo nuestro Señor. ¿Quién osará negar la superioridad, de todo punto incomparable, de la palabra, ó sea de la doctrina de Cristo, sobre toda otra palabra emanada de labios humanos? El entusiasmo universal de aquellas dichosas turbas que lograron escuchar directamente sus acentos llenos de vida divina, nunca antes oídos en el mundo, ni en pórticos ni en academias, ni en la sinagoga ni en el templo, estallaba en esta solemne afirmación: «Jamás hombre habló de esta manera»: *Nunquam sic locutus est homo*². Y eso mismo decían los Apóstoles con verdadera ingenuidad, convencidos de que su Maestro poseía *palabras de vida eterna*³, palabras del cielo, como nadie las había tenido ni podía tenerlas. Mas, no sólo los sencillos y ardorosos discípulos, sino los más obstinados incrédulos de todos los siglos han tenido que reconocerlo, ya sea que, subyugados á pesar suyo por la sublimidad avasalladora de la palabra de Jesús, le rindan homenaje de admiración, como el Sofista de

¹ Matth. 23, 8.² Io. 7, 46.³ Ibid. 6, 69.

Ginebra; ya que, con hipócrita disimulación, se den por grandes admiradores de la doctrina evangélica; ya, en fin, que, corridos de verse impotentes para detener el triunfo de esta palabra inquebrantable y siempre vencedora, bramen de rabia contra ella y la maldigan, como muerde en la acerada lima la venenosa serpiente. Así en otro tiempo bramaban los orgullosos Escribas, devorando su confusión; así los Fariseos y Saduceos, desconcertados con las respuestas del Maestro; así en tiempos posteriores Juliano el Apóstata y Libanio el Sofista; y en los nuestros, los falsificadores de la vida de Jesús, Strauss, el impío Renán y toda esa falange de escritores racionalistas.

Y ¿cómo ha de ocultarse la superioridad de una palabra que no es ni ha podido ser de un puro hombre, antes se ha demostrado palabra de Dios vertida por labios humanos? *Las palabras que yo os hablo*, decía el Salvador, *no las hablo de mí mismo*¹, no proceden de mí solamente. ¡No, cristianos! Las palabras de Jesucristo procedían del Principio que habitaba en el hombre: *Yo soy el Principio que os hablo*². Si jamás se expresó así hombre nacido, fué porque el hombre no puede hablar así. Ni las ideas ni la expresión de Jesús son del dominio del hombre. Tanto las cosas que dice como el modo de expresarlas, no menos que la expresión de su semblante, acusan claramente su divinidad. Moisés y Elías, el gran legislador y el Profeta de fuego, se dejan ver á los lados de Jesús en el Tabor, departiendo con él, después de haber hablado de él; pero ni Moisés ni Elías hablaron como Dios, porque á ninguno de ellos fué dicho de lo alto: *Hic est Filius*

¹ Io. 19, 10.² Ibid. 8, 25.

meus dilectus . . .; fueron órganos divinos, pero sus palabras no traspasaron los lindes de la palabra del hombre inspirado, del hombre asistido con la virtud de Dios. Habló Jesús al mundo; y todas las voces callaron; y las que se dejaron oír después de Él, no fueron más que el eco, la repercusión de la suya.

Y ¡cosa maravillosa! esta palabra divina, tan sublime y elevada como de quien es, suena sin embargo dulce y sencilla, y aun parece apagada á los oídos de la carne, porque toda ella está impregnada en espíritu de humildad, por lo mismo que es toda verdad. Como la otra palabra del Apóstol, que no era más que un eco resonante de la de Cristo, no la veréis adornada con las galas postizas de la humana elocuencia, ni con el ropaje ampuloso de la filosofía: *Non in sublimitate sermonis*¹. Y por eso precisamente debe oírse con humildad de corazón. Porque una palabra mensajera de humildad no puede ser bien acogida por ánimo soberbio. Y así, mientras las turbas humildes la acogen con aplauso, el mundo arrogante y vano la rechaza con desdén y aun con odio. Y esto ha pasado en todo el curso de los siglos. Mas ¿no es altamente ridícula semejante arrogancia ante palabra tan sabia, tan santa, tan divinamente autorizada sobre cuantas se han oído hasta ahora en el universo? Confesamos que debe de ser duro y penoso para cierta clase de espíritus, demasiado pagados de su propia competencia, para los que presumen y se jactan de fuertes, doblar en silencio la cerviz bajo el yugo de una doctrina que increpa terriblemente á los soberbios, y exige por condición necesaria, para ser aprendida, hacerse como niños²; sea empero lo que se

¹ I Cor. 2, 1.² Matth. 18, 3.

quiera de esta dificultad, nada exime de la obligación de practicarle, dado que la razón misma está diciendo que es preciso acatar con humilde rendimiento la palabra del Maestro único, Cristo Jesús: *Magister vester unus est*¹.

5. Más todavía, pues debe ser aceptada con vivísimo júbilo y cordial agradecimiento. Pues ¡qué tesoros no encierra esta divina palabra! Ciertamente vale más que todos los bienes de la tierra. *Las palabras del sabio son una gracia*, dice el Eclesiástico², y por tal las han tenido todos los hombres y los pueblos que siempre llevaron en palmas á los sabios. ¿No emprendió largo viaje la famosa reina de Sabá tan sólo por lograr la ventura de escuchar á Salomón, cuya nombradía de sabio había llegado hasta sus oídos³? Y ¿quién no ha tenido por muy digna de alabanza, la conducta de esta reina discretísima? Y ¿no tuvo por bien empleados los tesoros del Oriente con que procuró remunerar al sabio y bondadoso monarca las lecciones que le dió durante su permanencia en Jerusalén, revelándole infinitos arcanos? Grandes fueron, riquísimos, los presentes que regaló á Salomón la opulenta princesa de Sabá⁴. Mas ¿qué valían, en su concepto, comparados con los tesoros de sabiduría que había recibido del hijo de David? Así lo dejan comprender aquellas palabras con que desahogó su admiración y reconocimiento la reina exclamando: *¡Felices tus domésticos y cortesanos que están siempre en tu presencia y pueden disfrutar de tu sabiduría!*⁵ Pero ¡ah! cristianos: ¡cuánto más digno de llamar en rededor de su cátedra á todos los hombres, reyes y

¹ L. c. supra.² Eccli. 10, 12.³ 3 Reg. 10, 1.⁴ Ibid. vers. 10.⁵ Ibid. vers. 8.

pueblos de la tierra, por la alteza y sabiduría de su palabra, no es Jesucristo, Dios y Señor nuestro! *Ecce plus quam Salomon hic!*¹

Los beneficios derivados al género humano de la palabra del Maestro universal son tales y tantos, que huelga enumerarlos ni siquiera rápidamente, estando como están á la vista del mundo entero, transformado y como regenerado completamente por sola la virtud de esa palabra. De esa evidencia, con que salta á la vista lo que el hombre de los tiempos modernos debe á la doctrina del Redentor, han brotado espontáneas y ardientes las aclamaciones de todos los siglos cristianos: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que vino á la tierra en el nombre del Señor!»² ¡Qué contraste tan horriblemente repugnante con esos sentimientos de viva gratitud y caluroso entusiasmo de toda la humana familia, no forma aquella torpe indiferencia y mal disfrazado desprecio con que se mira en nuestros mismos días la doctrina del Salvador por parte de un crecido número de pretendidos moralistas y hombres que se dicen de probidad, los cuales creen poder pasar sin el Evangelio, empeñados en guiar á la humanidad por las sendas de la honestidad puramente natural! De estos maestros contemporáneos del error, puede afirmarse lo que de otros semejantes decía el Apóstol San Judas: *Nubes sine aqua ... quæcumque ignorant blasphemant*³: que, como nubes livianas y estériles, no vierten más que palabras vacías, blasfemando de lo que realmente ignoran ó afectan ignorar, porque, en su insensato y desdeñoso orgullo, han relegado al olvido las sacrosantas doctrinas de Cristo.

¹ Matth. 12, 42.² Luc. 13, 25.³ Iud. vers. 10.

6. No basta empero, oyentes míos, acoger la palabra del Maestro con amor y gratitud; es preciso escucharla con sinceridad, prenda inapreciable que excluye del corazón del discípulo toda doblez, toda disimulación, todo linaje de restricciones y distingos. Me explico, porque nada hay tan importante en este asunto. ¡Cuántos de aquellos orgullosos sabios, fariseos y escribas que prodigaban á Jesús el título de «Maestro», *Rabbi*, acercábanse á él con palabras de miel en los labios, y sentimientos de hiel en el corazón! ¡Cuántos, en el acto mismo de tramarle asechanzas y tenderle lazos para tener el infame placer de verle cogido en alguna contradicción ó inconsecuencia, *ut caperent eum in sermone*¹, afirmábanle con hipócrita zalamería, que sabían de cierto que él había sido enviado por Dios para enseñar el camino de la verdad², y que, en efecto, cumplía su misión sin acepción de personas³! ¡Ah, mis amados hermanos! no faltan hoy tampoco discípulos fingidos que en nada menos creen que en la verdad de la doctrina de Cristo, y al mismo tiempo se venden por sus más decididos partidarios. ¡Falsedad é hipocresía! ¡cálculos de política egoísta! ¡Lejos de nosotros el disfraz y la mentira! ¡Vayan á otra escuela los mentirosos creyentes, pues la de Cristo es escuela de sinceridad: *Est, est, non, non*!⁴

Apártense también del gremio de los verdaderos fieles, aquellos que, con buena fe en el fondo, no aceptan, sin embargo, sin restricciones y distingos la palabra del Salvador. Porque los hay, y no pocos, en el mundo, que, mostrándose por un lado entusiastas admiradores

¹ Luc. 20, 20.² Io. 3, 2.³ Matth. 22, 16.⁴ Ibid. 5, 27.